

JOSÉ MATOS MAR,

el hombre que unía mundos

Miguel Ángel Vallejo Sameshima



En 2015 nos dejó el maestro José Matos Mar, uno de los pioneros de la antropología en el Perú, estudioso de la migración interna y los fenómenos socioculturales a partir de esta. Nacido en Cora Cora, Ayacucho, en 1921, su libro más conocido es Desborde popular y crisis del Estado (1984), reeditado con nuevas notas veinte años después, así como Las barriadas de Lima 1957 (1977), Taquile en Lima. Siete familias cuentan... (1986) y el más reciente, Perú, Estado desbordado y sociedad nacional emergente (2012). Asimismo, a su paso por México publicó Población y Grupos Étnicos de América (1994), entre otros títulos donde trabajó distintas sociedades. En su notable labor como intelectual editó la revista América indígena y cinco volúmenes del Anuario indigenista. Fue fundador del Instituto de Estudios Peruanos y presidente del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas de 1970.



La última vez que entrevisté al maestro Matos Mar, él recordaba nuestros encuentros mejor que yo. Preguntaba qué novedades había en el periodismo de nuestros días, con curiosidad infinita de antropólogo. Pasó sus últimos años trabajando y llegó a escribir ensayos y textos autobiográficos, como recuerda esta semblanza.

—Soy serrano porque nací en Cora Cora por accidente; viajé a Huancayo, de ahí a Tarma, hasta establecerme a los nueve años en los Barrios Altos —me explicó una vez— con detalles de sus viajes a lomo de bestia por la cordillera, hasta el mar, para embarcarse a Lima otra vez.

Cosas de la vida lo apartaron de su padre. Su padrastro, un aristócrata cusqueño, lo tomó como a un hijo, y lo educó haciéndole leer el periódico todos los días. Luego le dio libros y una formación liberal. Desde su posición en la clase media pudo franquear las barreras de la sociedad estamental, al punto que una tarde lo llevaron a conocer al presidente Augusto B. Leguía. Desde entonces, el maestro conoció a cada mandatario peruano.

Sobre su niñez como migrante, Matos Mar confesó con una risa seca no haber sido un buen alumno.

—Me molestaban mucho y no me concentraba. Terminé quinto de primaria como el último de la clase —reveló.

Un cambio de colegio y su terquedad a prueba de discriminaciones lo hicieron mejorar, ya con profesores como Luis Alberto Sánchez. Fue el único de su escuela en acceder a la carrera de ingeniería, pero prefirió las letras.

—Imagínate, un cholito como yo en San Marcos, entre genios como Sebastián Salazar Bondy o Alberto Ulloa, y con profesores como Porras y Basadre —dijo, y agitó las manos.

Allí lo reclutó otro grande, Julio C. Tello, quien lo recogía de su casa para hacer mediciones en exploraciones arqueológicas. En uno de sus recorridos fueron al valle del Mantaro. Era la oportunidad de encontrar su propio pasado, pues le dijeron que allí vivía su padre, pero la expedición le dejó un vacío: este había fallecido un año atrás.

Entonces ya no era el último de la clase, sino un joven impetuoso de altísimas calificaciones que trabajaba en la Cancillería como secretario. Pero decidió dejar la diplomacia y fundar la antropología en el Perú. Motivado por Luis E. Valcárcel, participó en la conformación de la primera escuela profesional de esta disciplina. La antropología, esa invención de los ingleses para entender a sus colonias, se utilizaba esta vez desde un país poscolonial.

—¿Una carrera para estudiar a los indios? —le dijeron a Matos Mar, quien al contármelo soltó una carcajada de burla, con la satisfacción de quien se anticipó a su tiempo.

Así, viajó a comunidades altoandinas en plena época de la migración interna, revelando al mundo de la intelectualidad costumbres de la mayoría de peruanos absolutamente desconocidas en claustros universitarios. Luego migró con sus objetos de estudio a la capital, con textos como los ensayos “Taquile en Lima. Siete familias cuentan...” y “Las barriadas de Lima 1957”.

Para sus investigaciones visitaba barrios emergentes saludando a dirigentes como el mítico Poncho Negro, leyenda de El Agustino, o al poeta Leoncio Bueno, invasor de Comas y Villa El Salvador. De hecho, una de sus costumbres era pasar el primero de enero de cada año en el cerro San Cristóbal junto a amigos como José María Arguedas y el pintor Víctor Humareda. De otro lado, era amigo de políticos y empresarios. Investigaba entonces con conocimiento de causa desde la lucidez que proporciona el margen de las cosas y el profundo compromiso intelectual.

Como todo visionario, para continuar su tarea colectiva fundó una ONG: el Instituto de Estudios Peruanos, centro de reunión de la diversa intelectualidad peruana, el cual dirigió durante veinticinco años.

Sus conclusiones, dirían algunos, llegaron en 1984 con su clásico Desborde popular y crisis del Estado, tal vez el primer estudio profundo sobre la formación de los entramados económicos y sociales en Lima y el Perú, que deja preguntas y claves para entender la cultura mestiza que se venía formando. Solo que el intelectual no conoció de límites. Viajó a México, donde trabajó quince años. Regresó al Perú sorprendido con los cambios y revisó su clásico Desborde popular en una edición con nuevas notas, luego de visitas a los ya bullentes complejos comerciales de Lima Norte.

Durante su último lustro el trabajo de campo ya era tarea imposible, mas se dedicó a sistematizar sus recuerdos e incluso publicó algunos ensayos sobre estos. Y su mirada se volcó en busca de preguntas y respuestas hacia el pasado: tenía en su poder fichas completas del Archivo de Indias que revisaba para digitalizar. También miró al futuro: se reunió con tres presidentes consecutivos brindándoles asesoría gratuita para consolidar a la clase media en el Perú, así como incentivar la aparición de nuevos millonarios y de programas que brinden empleo a los sectores populares.

Toda esta historia se respiraba en lo que fue su departamento en Chorrillos, al lado de la barriada de Alto Perú, pero



también entre modernos edificios de precios inflados por la burbuja inmobiliaria, frente al mar y los cerros donde acaban los andes. Allí el maestro continuó explorando los puntos de encuentros y de contradicciones de las sociedades peruanas, hasta que nos dejó a los noventa y tres años. Si alguien con más lucidez que un mandatario desea encontrar su legado, este se encuentra en sus libros y en sus decenas de seguidores y aun de sus críticos. Imposible no pensar en el maestro como un faro en la niebla.

El siguiente artículo es una reflexión a partir del Coloquio Lo cholo en el Perú, organizado por la Biblioteca Nacional del Perú durante la dirección de Hugo Neira, que contó con el apoyo del maestro Matos Mar. De alguna manera, el texto remite a sus investigaciones.

LO CHOLO: SIGNIFICANTE VACÍO Y PUNTO DE ENCUENTRO

El artículo reflexiona sobre el origen de la palabra cholo y los múltiples significados que ha tenido a lo largo de siglos en diferentes localidades, a partir de textos de historia, sociológica y testimonios de primera fuente. De esta manera, se acerca a las ideas que hemos tenido los peruanos sobre el mestizaje. Utiliza el enfoque de François Laplantine y Alexis Nouss que propone que un mestizo no es mezcla ni fusión sino sujeto nuevo, y lanza algunas propuestas sobre el entendimiento de una identidad mestiza como la del Perú.

Palabras clave: cholo, mestizaje, identidad, nuevos sujetos.

La palabra *cholo* suscita entre peruanos emociones distintas y contradictorias. Acerca como aleja, remite a procesos socioculturales de la segunda mitad del siglo XX, cuando el Perú pasa de ser un país rural andino a uno urbano costero. Sin embargo, ¿qué es lo cholo? ¿Quiénes son los cholos? ¿Cómo son y por qué se les llama así?

Por ahora podemos decir que lo cholo existe porque la palabra es de uso común, aunque las divergentes interpretaciones sobre el tema lo convierten en un significante vacío, es decir, que contiene lo que cada persona piensa sobre lo cholo, sin un significado concreto. Sin embargo, la amplitud de este significante es una oportunidad para que las personas se encuentren (no diré *culturas* ni *grupos humanos* porque la variedad de interpretaciones lo trasciende).

Origen de un significante

Hablamos de lo cholo asociado con las masivas migraciones internas

del siglo pasado. No parece azar que el primer libro que busca el origen de este vocablo y sus usos se publique recién en 1962, detalle curioso, en Buenos Aires. Se trata de *El cholo y el Perú*, de José Varallanos, educador huanuqueño, quien postuló varias teorías del origen del uso del vocablo. Lo más probable es que se llamara así a los mestizos americanos, comparándolos con los perros de Barlovento, chuscos y sin pelo. Pero hay otras más delirantes, como la que pretende que fue por la confusión entre los nativos americanos y los habitantes de la India, donde habitaba la cultura de las *cholas*. Es decir, hasta en el lejano origen de la palabra hay ruido y confusión.

Varallanos encontró este origen despectivo que describe un momento histórico, aunque ciertamente no es un dato muy revelador, pues ya se sabía el desprecio de las élites españolas y nativas hacia los mestizos americanos, quienes no entraban en ninguna de las dos repúblicas establecidas por los Habsburgo. El Perú, desde el virreinato, nació mestizo a la vez que racista, y así se desarrolló.

Asimismo, Varallanos repasó la mentalidad de la república criolla tan despectiva con el mestizaje andino, y la consideró un correlato de la mentalidad española colonial. Hace una defensa de los mestizos reconociendo sus aportes desde antes de la república: es decir, asume el rol del subalterno que busca representatividad y a la vez asocia a los subalternos en torno a una identidad. Esa es una de las caras de los primeros procesos socioculturales producto de la migración del siglo XX, como las asociaciones de migrantes y las presentaciones folclóricas en coliseos.

¿Lo cholo como identidad?

Pocos se animaron a interpretar lo cholo como identidad. El más destacado es Aníbal Quijano con "La Emergencia del Grupo Cholo en el Perú", ponencia en el VII Congreso Latinoamericano de Sociología de 1964 realizado en Bogotá, y ampliado en el libro *Dominación y Cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú* (1980). A partir de sus estudios sobre migración, Quijano hace una revisión de las tensiones entre lo oficial y no oficial, estudiando la inserción de los migrantes provincianos en la sociedad limeña. Sin embargo, no propone una definición de lo cholo sino tres interpretaciones



probables: un grupo social emergente, una cultura de transición entre el campesinado y lo urbano, o un grupo sociocultural marginal. Intenta hacer una valiosa fotografía del momento, sin poder definir lo que ve, y esa sinceridad vale mucho. Nota aparte: Quijano no ha vuelto a desarrollar estos temas en libros ni ponencias.

Por su parte, el maestro Matos Mar, en *Desborde popular y crisis del Estado* (1984), reafirma sus trabajos de campo en barriadas limeñas de varias décadas, proponiendo el concepto de *emergente* para definir los desarrollos de los migrantes que conforman la nueva Lima. Para empezar, construyeron materialmente la ciudad (sus casas y obras públicas para su comunidad, como pistas, agua y electricidad), y definen una nueva forma de hacer negocios basada en la informalidad. Es a partir de este libro que puede plantearse una manera de entender al Perú de fines de siglo XX, interpretándolo sobre la base de lo ocurrido con las migraciones internas.

En las antípodas ideológicas, el clásico de Hernando de Soto, Mario Ghibellini y Enrique Ghersi, *El otro sendero* (1986), es una interpretación liberal de estos procesos, con más críticas a lo negativo pero con propuestas empresariales prácticas, algunas de ellas llevadas a cabo y otras jamás, como en el caso del transporte. Con todo, en estos dos libros no aparece la palabra *cholo* como clave para interpretar lo descrito.

En fecha más reciente se celebró la reedición de otro clásico, *El laberinto de la choledad* (1992), de Guillermo Nugent. Detalla más detenidamente fenómenos como los vendedores ambulantes o la corrupción a pequeña escala, y postula que la cultura criolla excluyente va desapareciendo, añorando la Colonia y los tiempos de las clases sociales estáticas (la Arcadia colonial, concepto que había acuñado Sebastián Salazar Bondy). Para Nugent, lo cholo es una cultura más abierta, que fomenta la inclusión. Este es un punto importantísimo que retomaremos más adelante. Cabe mencionar que el libro es increíblemente desordenado: se pasa de un tema a otro a través de largas digresiones y es imposible determinar los puntos centrales de cada capítulo. Un

libro escrito de la misma manera caótica que lo que describe, hecho a la medida de lo que narra.

Sin embargo, el Perú tiene una historia de larga duración y sus procesos históricos fueron muy diferentes en cada región. Si Quijano y los demás habían estudiado el caso limeño (los científicos sociales migraron del campo a la ciudad persiguiendo a sus objetos de estudio), este no era el único proceso. Es importante la definición que encuentra Fernando Fuenzalida (2009), en un trabajo de campo en Puno a fines de la década de 1950. Refiere que se llamaba *cholos* a los migrantes del campo a la ciudad de Juliaca que habían triunfado en términos comerciales mas no habían terminado sus estudios secundarios. Por otro lado, un testimonio del poeta anarquista Leoncio Bueno (BNP: 2010), nacido en 1920 en la hacienda de Facalá, parte del complejo

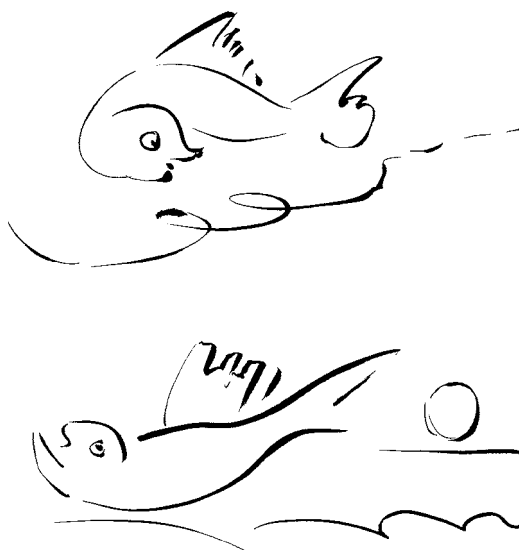
Casagrande, explica que a los migrantes golondrinos (que iban de su sierra natal a la costa a trabajar en la cosecha), si lograban regresar al año siguiente les llamaban *cholito que ha meado en arena*: es decir, que habían sobrevivido a las enfermedades costeñas, como el paludismo.

Como vemos, no era ni es lo mismo ser cholo en San Isidro, en Punte Piedra, Oyón, Trujillo, Lamas, Cajamarca o Iquitos. La palabra ha tenido múltiples usos en cada región.

Intentos de definición

A inicios del milenio, en años de aparente crecimiento económico, se vuelve a tocar el tema de lo cholo como una forma de entender la sociedad peruana en su conjunto. Los fantasmas del terrorismo tomaban una siesta, no estaban en agenda los conflictos sociales por la extracción de minerales ni la identidad amazónica. Entonces, científicos sociales lanzaron propuestas optimistas sobre el mestizaje contemporáneo. Por ejemplo, Gonzalo Portocarrero plantea que lo cholo eran los procesos socioculturales propios del mestizaje cultural peruano, más cercanos a lo performativo, como las artes plásticas o la gastronomía, pero que todavía no se consolidaba en lo letrado o lo político (BNP: 2009).

Pensemos en el campo del arte. El curador Gustavo Buntinx definió a lo cholo con su propuesta de la





fricción entre lo popular emergente y lo pequeño burgués ilustrado, hablando sobre este encuentro cultural no siempre amable pero sí provocador y renovador, con proyectos como el colectivo Huyaco EPS. César Ramos, antropólogo y curador de arte, habla de la gesta provinciana y los operadores culturales de lo cholo que construyen una modernidad popular desde abajo (BNP: 2009). Quizá no se equivoque pues varios artistas han reivindicado la palabra misma, como el colectivo C.H.O.L.O, de creadores nacidos en Ventanilla que trabajan con la comunidad.

Podemos concordar con estas propuestas si vemos cómo se asocia fácilmente lo cholo con el arte que surge de creadores que combinan estéticas urbanas y tradicionales: el ciudadano Harry Chávez y sus cuadros que apuntan a lo espiritual usando soportes como pasamanería o autopartes recicladas, o Gedion Fernández que parte de la cerámica tradicional de Quinua, su pueblo natal, para contar historias del conflicto armado interno. O los carteles chicha de Eliot Túpac en galerías de arte, ubicadas en distritos donde no se colocan carteles chicha en la calle.

Desde la música, podemos escuchar el *boom* del huayno con arpa moderna (nacido en Oyón y expandido a nivel nacional rápidamente), los sintetizadores de los ritmos sureños y el *revival* de la música de pandillas de grupos amazónicos como los iquiteños de “Explosión”. Solo hay tres libros sobre el tema (de José Antonio Llorens, Wilfredo Hurtado y Raúl Romero Cevallos) y algunos artículos valiosos de Santiago Alfaro y Alfredo Villar, ninguno de ellos apuntando hacia lo cholo o definiendo una identidad.

Hasta el momento nadie ha dicho qué es lo cholo o quiénes son los cholos, pues entienden la diversidad en los procesos migratorios y socioculturales. Y no me parece un error, sino un acierto. ¿Acaso podemos encontrar una definición única de *peruano* que vaya más allá de un estatus legal y el vivir bajo el mismo Estado? Quizá sea más sencillo encontrar definiciones para una subcultura que se proclame como tal y más homogénea, como los *punk* o los *geeks*.

El mestizaje como identidad que fluye

El término *cholo* fue utilizado para interpretar diversas colectividades, procesos socioculturales e incluso identidades. Sin embargo, ninguna colectividad basa su identidad en una idea definida de lo cholo. Nadie se siente cholo. Ya las encuestas realizadas por el grupo de trabajo de José María Arguedas mostraban

«A inicios del milenio, en años de aparente crecimiento económico, se vuelve a tocar el tema de lo cholo como una forma de entender la sociedad peruana en su conjunto. Los fantasmas del terrorismo tomaban una siesta, no estaban en agenda los conflictos sociales por la extracción de minerales ni la identidad amazónica. Entonces, científicos sociales lanzaron propuestas optimistas sobre el mestizaje contemporáneo.»»

cómo los pobladores andinos preferían ser llamados por el nombre de su comunidad, *indígenas*, *indios*, o simplemente *runas*. Solo un 2% de los encuestados prefirió llamarse *cholo*. Y aún hoy, ¿qué sentido tendría llamarse cholo si no hay una idea clara sobre lo que significa, o una comunidad que así se autodefinen? Muy diferente es ser indígena (otra categoría dinámica), pues sí hay comunidades que defienden orgullosas esa definición para sí mismos.

Entonces, si nadie se siente cholo, ¿por qué seguimos usando la palabra y hablando del tema? Hugo Neira (BNP: 2010) plantea una explicación a modo de una melodía a partir del libro *Mestizajes. De Arcimboldo a zombi*, escrito por François Laplantine y Alexis Nouss (2008). Primero, ve al mestizaje no como mezcla o fusión sino como flujo. Es decir, que los estados puros de la identidad no existen, y el encuentro entre dos o más matrices culturales, como la prehispánica y la colonizadora junto a los esclavos africanos, no genera una recombinación de elementos de estas, sino de individuos nuevos. Bajo esa idea, el mestizaje en sí mismo es una identidad siempre incompleta, un devenir, un proceso. Más o menos como lo cholo. Y por ello no puede ser definido puesto que estas definiciones solo se aplican para identidades del pasado, estática pues ya han desaparecido.



Asimismo, apunta Neira que el mestizaje es el punto donde se genera la alteridad, el encuentro renovador, la interpretación del otro y la reinterpretación de uno mismo. Y si ese proceso puede surgir del encuentro entre civilizaciones en el pasado, también ocurre con la llegada del capitalismo moderno, las religiones, modas y demás procesos. La alteridad es constante en ese flujo que es la historia.

Así, si bien es posible explicar algunas de nuestras características actuales como sociedad, o sociedades, en el Perú, a partir de una revisión de nuestro pasado, es preciso comprender que este no determina nuestro presente. Que existen factores azarosos y de coyuntura internacional que influyen a veces secretamente. A partir de esa libertad de ataduras con la historia, podemos ver que los sujetos sociales de hoy no son explicables solo por los procesos migratorios del siglo XX y sus desarrollos.

Posibilidades de encuentro

Dentro de los nuevos sujetos sociales que somos hoy en día, ha quedado la palabra *cholo*. En los sentidos comunes a veces habitan antiguos prejuicios, y el verdadero valor de estudiar la historia consiste en intentar destruirlos y ser capaces de apostar por un futuro y, mejor aún, de proponer uno deseable. Para eso hay que dialogar, y no solo con palabras sino también con acciones o ficciones.

Si todos tenemos una idea distinta sobre lo que es ser cholo, y en estas reflexiones se repasan grandes fracturas y encuentros de nuestros procesos históricos, entonces, vemos cómo pensar lo cholo permite entablar un diálogo de posiciones diferentes y hasta antagónicas, como se vio en el coloquio *Lo cholo en el Perú*, organizado por la Biblioteca Nacional.

Un maravilloso lapsus de Máximo San Román ilustra que no siempre el diálogo es armónico. Al iniciar su presentación en una mesa sobre racismo que compartía con Hilaria Supa, Jorge Bruce y Gonzalo Portocarrero, comentó que “ahora somos dos cholos *contra* dos académicos”. Por supuesto, fue un lapsus. Su testimonio personal contrastó con las interpretaciones de los dos analistas, y la foto al final de la mesa fue con un abrazo. Ocurría además que en la mayoría de mesas redondas

cada persona tenía una visión diferente sobre lo que es ser cholo. Algunos se identificaban con el término, otros no. Con todo, pudieron dialogar durante los diecinueve meses del coloquio. El diálogo intercultural en los planos de la estética, la gastronomía, las letras y la misma política es un hecho cotidiano, afortunadamente inevitable salvo en sociedades que construyan un *apartheid*. Y este diálogo está pleno de tensiones, enfrentamientos, acuerdos, sorpresas.

El problema de sociedades como la peruana es que la desigualdad y los prejuicios antiguos y renovados evidencian que somos una república sin ciudadanos, como se ha planteado desde casi toda posición ideológica. En circunstancias donde la norma es la inequidad en el acceso a servicios públicos, información y educación, este diálogo intercultural tiende a ser violento. Desde el racismo y machismo cotidiano hasta que los más pobres sigan siendo los mismos (o sería más adecuado decir, *las mismas*) desde hace siglos. Y donde el desprecio provoca el deseo de exterminar al Otro, como se da cíclicamente en nuestra historia.

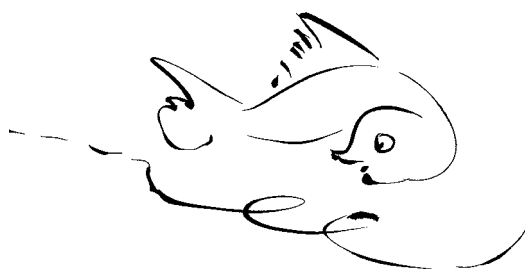
Como es preciso en cada texto académico lanzar una propuesta, o al menos una apuesta hacia el futuro, propongo también mi definición de lo cholo, espero menos imprecisa e inexacta: es el mestizaje peruano, constante, como flujo: el devenir de nuestro encuentro cultural abierto al diálogo y la convivencia, a diferencia de nuestras largas fracturas y enemistades. Bajo ese punto de vista, ¿hay cholos? Sí y no. Cholos somos todos y no es nadie.

Contradicciones válidas

En 2013, en la comunidad awajún de Pakuy, provincia de Bagua, Mariano, un hombre de cincuenta años que parece al menos una década menor, dio la clave para la conclusión de este ensayo. En la filmación de un documental, cuando le preguntaron si se sentía orgulloso de ser awajún, consulta para obtener la respuesta típica que se vea bien en video, contestó que no.

—¿Por qué habría de sentirme orgulloso? Yo me identifico como awajún, soy awajún, pero todos somos iguales. Todos debemos aprender a compartir —dijo Mariano.

Su respuesta parece violar el principio de no





«Si todos tenemos una idea distinta sobre lo que es ser cholo, y en estas reflexiones se repasan grandes fracturas y encuentros de nuestros procesos históricos, entonces, vemos cómo pensar lo cholo permite entablar un diálogo de posiciones diferentes y hasta antagónicas, como se vio en el coloquio *Lo cholo en el Perú*, organizado por la Biblioteca Nacional.»

contradicción. Primero inventó un nosotros (los awajún) pero los incluye en un nosotros más grande (todos) e indistinguible, universal. Quizá esta visión de la identidad sea la más adecuada para la convivencia.

Líneas arriba había afirmado que las identidades estáticas no existen. Lo esencial y lo puro son un cuento de hadas en el cual ni Mariano ni quien escribe estas líneas puede creer. Más aún, considero que las ideas de Mariano son la mejor explicación de un mestizaje propositivo, que existe desde que es nombrado, o evocado.

Bibliografía

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ (2009). *Coloquio Lo cholo en el Perú. Visiones de la modernidad desde lo cholo*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ (2010). *Coloquio Lo cholo en el Perú. Migraciones y mixtura*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

BUNTINX, Gustavo (2009). *Sarita iluminada. De ícono religioso a héroe cultural*. <http://www.fas.harvard.edu/~icop/gustavobuntix.html>

DE SOTO, Hernando; GHIBELLINI, Mario; GHERSI, Enrique (1986). *El otro sendero*. Lima: Editorial El Barranco.

FUENZALIDA, Fernando (2009). *La agonía del Estado Nación. Poder, raza y etnia en el Perú contemporáneo*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.

LAPLANTINE, François; Nouss, Alexis (2008). *Mestizajes. De Arcimboldo a zombi*. México: Fondo de Cultura Económica.

MATOS MAR, José (1984). *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

NUGENT, José Guillermo (1992). *El laberinto de la choledad*. Lima: Fundación Friederich Ebert.

QUIJANO, Aníba (1980). *Dominación y cultura: lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*. Lima: Mosca Azul Editores.

VARALLANOS, José (1962). *El cholo y el Perú*. Lima: Imprenta López.